

se conservan todavía en prueba de la virtud milagrosa del santo.»

El rey Childeberto enfermó y después de haber hecho cama largo tiempo en París, murió (en el año 558) y está sepultado en la basílica de San Vicente, hoy Saint-Germain des-Prés. Fué este rey muy ensalzado por el clero de su tiempo por su liberalidad para con él y con la Iglesia; construyó, dotó y amparó muchas iglesias y conventos, reunió concilios y seguía correspondencia con el Papa y los obispos. Venancio Fortunato le llama «rey y sacerdote,» y le alaba en varias poesías y en la «Vida de San German.» San Gregorio, mas recto y verídico, le juzga con mayor severidad.

El rey Clotario se apoderó de sus estados y tesoros, con lo cual quedó reunido en una sola mano por primera vez después de la muerte de Clodoveo el imperio franco, considerablemente engrandecido. Pero Clotario, siguiendo el uso tradicional germánico y prescindiendo de miras políticas de un orden algo superior, volvió á dividir el vasto imperio entre sus cuatro hijos, y no tardaron en manifestarse con mas rapidez que antes las consecuencias desastrosas de esta division y la decadencia de la raza conquistadora.

Vultrogoda, la viuda de Childeberto, y sus hijas Crotberga y Crotésinda fueron desterradas por Clotario; pero después las volvió á llamar su hijo Cariberto, el cual las trató con todos los honores debidos á su clase. Gram tambien se presentó sumiso á su padre, pero volvió á rebelarse, y viendo que no podía librarse de caer en manos de Clotario, huyó con sus hijas á la Bretaña, donde los ocultó Conomero, conde de un distrito, mientras su suegro Vilicaro se refugiaba con su mujer en la basílica de San Martin. «Entonces, — dice San Gregorio, — un incendio consumió este santo lugar á causa de los pecados del pueblo y de las profanaciones que cometieron en la iglesia Vilicaro y su mujer, lo cual no podemos narrar sin profundos suspiros.» Un año antes otro incendio habia destruido casi completamente la ciudad de Tours, habiendo quedado desiertas, á consecuencia de esto, todas las demás iglesias. Clotario hizo restaurar con la magnificencia de antes la basílica de San Martin, cubriéndola de estaño. Tambien aparecieron entonces dos nubes de langostas que asolaron la Auvernia y el Lemosin y libraron entre sí, segun se refiere, una batalla en la llanura de Romagnat (aldea cerca de Clermont-Ferrand), en la cual se exterminaron mutuamente en su mayor parte.

Clotario, furioso contra su hijo Gram, marchó en su busca con una hueste á la Bretaña, y Gram sin intimidarse se preparó para hacerle resistencia. Cuando ambas huestes estaban ya inmediatas una á la otra en una llanura, y puestas en línea de batalla, la noche impidió el combate, y durante la misma noche dijo el Conomero, el jefe breton, á Gram: «No me parece justo que hagas tú la guerra contra tu padre; deja que yo caiga sobre él esta noche y que le aniquile con toda su hueste.» Gram, sin embargo, por un milagro de Dios, dice San Gregorio, no lo permitió, y cuando amaneció se dirigieron las dos huestes una contra la otra. Clotario, como otro David que va á guerrear contra su hijo, se golpeó lleno de tristeza el pecho y dijo: «Señor, mira y juzga mi causa, mira las injusticias que me hace mi hijo, falla hoy como fallaste algun dia entre Absalon y su padre.» Enablado el combate, volvió el jefe de los bretones la espalda y murió. Entonces Gram emprendió tambien la fuga; tenia ya buques preparados en la costa para recibirle, pero queriendo tambien salvar á su mujer y á sus hijas, fué hecho prisionero por las fuerzas de su padre, el cual, cuando lo supo, mandó que con su mujer y sus hijas fuese quemado. A este fin se les encerró en la choza de un pobre; Gram fué tendido en un banco y estrangulado con un pañuelo, y después fué in-

cendiada la casita. Este fué el fin de Gram, de su mujer y de sus hijas en el año 560.

La ferocidad de los francos no habia, pues, menguado ni cedido un ápice, ni á la influencia de la civilizaci6n latina ni á la de la religion, en la familia en la cual mas que en ninguna otra podria suponerse una transformaci6n paulatina. Para completar el cuadro de la moralidad y civilizaci6n de aquella época ponemos aquí lo que dice el santo obispo de Tours después de relatar la cruel muerte del hijo malo, de su mujer y de sus dos hijas:

«El rey Clotario en el año 51 de su reinado se dirigió con grandes presentes á la iglesia y sepulcro de San Martin, en Tours. Allí recordó todos sus actos en los cuales podia haber pecado y oró con grandes suspiros suplicando al santo que le alcanzara la misericordia del Señor y el olvido de sus faltas. En aquel mismo año, cazando en la selva de Cuise (bosque de Compiègne), cayó enfermo de fiebres y en seguida se recogió en la hacienda de Compiègne, donde los dolores le hicieron repetir á menudo: «¡Y qué poderoso es aquel rey celestial que puede matar á reyes tan poderosos!» Así expiró. Sus cuatro hijos condujeron su cadáver con todos los honores de costumbre á Soissons, donde le dieron sepultura en la basílica de San Medardo. Murió un año y un dia después de la muerte de Gram (1).»

CAPITULO IV

DESDE LA MUERTE DE CLOTARIO I EN EL AÑO 561 HASTA LA DE CARIBERTO Y LA DIVISION DEL IMPERIO FRANCO EN 567.

Uno de los cuatro herederos por lo menos hizo la acostumbrada tentativa, no ya de desposeer completamente á sus hermanos y de quedarse para sí solo con todo el imperio, sino de ensanchar su parte á costa de los demás, cosa que tampoco logró. Este fué Chilperico, el de mas talento á la par que el mas maligno y el mas joven de los cuatro. No comprendia, sin embargo, la significaci6n ni la importancia política de una monarquía única; su solo móvil era la codicia. Hay que decir tambien, sin que esta circunstancia fuera bastante para mejorar ni empeorar su conducta, que como hijo de Aregunda era hermanastro y primo por la parte materna de sus tres hermanos. Su parte de la herencia era la mas pequeña, ya porque su padre lo hubiese querido así, ó ya porque sus hermanos, para castigar su codicia, le dejaron lo menos posible en el reparto que hicieron después de haberle arrojado en comun de París, de cuya ciudad, así como de los tesoros que su padre tenia reunidos en su hacienda ó quinta de Braine, se habia apoderado ganando con regalos á los francos mas influyentes. Segun San Gregorio, la division de la herencia se efectuó en el año 561: Cariberto recibió la Aquitania y los territorios que habia poseido Childeberto con París por capital; á Gontram tocó el imperio del difunto Clodomiro, á saber: la Borgoña, con Orleans por capital; á Chilperico le fué destinado el primitivo territorio de su padre Clotario, es decir, la Armórica, los territorios de los francos salios al Sur de las Ardenas con Soissons, y después Tournay por capital; Sigeberto, finalmente, recibió el reino que habia tenido Teodorico, la Austrasia y el país de los francos ripuarios, con Reims por capital. Los cuatro hermanos reinaron, respectivamente, seis, treinta y dos, veintitres y catorce años.

Hasta cierto punto solamente correspondia esta division á la del año 511, porque además de los nuevos territorios que

(1) En el año 561, segun Valesio, en el mes de diciembre.

desde entonces habian conquistado los reyes francos, pasaron Tours y Poitiers bajo la dependencia de París, habiendo dependido antes de Orleans. El Mans pasó del reino de París al de Soissons; Chilperico recibió el antiguo territorio salio y una mitad de la antigua Armórica con Ruan, Lisieux, Bayeux, Coutances, Maine, que comprendia lo que después fué Normandía, y al Sur del Loira, en Aquitania, Limoges, Cahors y la Gascuña, y del antiguo reino de Siagri0 solamente Soissons.

Sigeberto recibió además de la Austrasia con el territorio de los francos ripuarios, la mayor parte de la Champaña, menos Troyes, Langres y Sens; pero se le dieron en la Aquitania la Auvernia, Rhodéz, el Gevaudan, Uzes, una parte de la Provenza con Aviñon y otra parte del territorio de Marsella (1). Su capital fué Reims y después Metz.

Gontram recibió el antiguo reino de Borgoña, el resto de la Champaña, Auxerre y Orleans, bien que eligió por residencia á Chalons sobre el Saona (Cavillonum); en la Aquitania recibió el país entre Perigueux y Tolosa, y en la Provenza, Arles.

Cariberto recibió la mitad occidental de la Armórica, es decir, lo que después fué la Bretaña; del antiguo territorio de Siagri0, París, Beauvais y Senlis; en la Aquitania, Tours, Cahors, Poitiers, Bourges, Saintonge, Angulema y Burdeos y el resto de la Provenza.

Se ve, pues, que cada uno de los cuatro hermanos recibió un reino principal muy regular y parte de la Aquitania y del antiguo territorio de Siagri0 (2).

La Austrasia fué de todos los reinos francos el que mas se vió expuesto á ataques del extranjero por confinar con los sajones y otros pueblos germánicos en estado de barbarie, hasta que Carlomagno introdujo en Alemania con su puño de hierro los primeros rudimentos de civilizaci6n, es decir, de obediencia. A estas hordas se agregaron luego otras mucho mas temibles, á saber, los avares, á quienes San Gregorio llama erróneamente hunos. La Borgoña tambien sufrió las invasiones de estas hordas, además de las de los longobardos por los Alpes marítimos desde el año 569. En cambio los visigodos en el Mediodía de Francia y en España sufrieron los ataques de los francos hasta la conquista de España por los árabes en 711, los cuales á su vez entraron en Francia. Ya hemos visto que los otros reyes francos instigaron y aprovecharon los ataques de los sajones contra la Austrasia.

En el año 562 aparecieron por primera vez cerca del Rhin, viniendo del Asia, los avares, precursores de los hunos, conforme tuvimos ya ocasion de exponer detalladamente en la primera parte de esta obra al hablar de los gépidos. Dos tribus de este pueblo turco-finés, los *uares* y los *junos* ó *hunos*, se mostraron por el año 460 en las llanuras del Volga, á orillas del mar Caspio; desde allí estas hordas de jinetes penetraron en Europa, y un siglo después, en el año 565, habian invadido ya los países bañados por el Danubio hasta el curso medio de este rio. En 568 ocuparon la Panonia, la Hungría de hoy, que en aquel año abandonaron los longobardos, los cuales penetraron en Italia, donde se establecieron á su vez á viva fuerza. Desde Hungría se derramaron las hordas tártaro-finesas mas hácia el Occidente, y habiendo muerto á la sazón Clotario, marchó contra ellos Sigeberto con su hueste y los derrotó, probablemente en la Turingia, segun Pablo Diácono. El caudillo de los avares hizo después por medio de embajadores paz y amistad con Sigeberto; pero

(1) Querrá decir de la Narbonense marsellesa.

(2) Ambos países eran tan codiciados, la Aquitania por el clima y su riqueza natural y el país de Siagri0 por la riqueza debida á la civilizaci6n romana, que á no repartirlos habrian dado lugar á feroces guerras fratricidas.

mientras éste estaba así ocupado, penetró Chilperico en su territorio y tomó á Reims y muchas otras ciudades. Sigeberto al regresar de su campaña tomó á Soissons, donde hizo prisionero á Teudeberto, hijo de Chilperico. Hecho esto, marchó contra el mismo Chilperico, á quien derrotó; pero le devolvió sus Estados y desde entonces Chilperico estableció su corte en Tournay. Sigeberto recuperó sus ciudades y se quedó probablemente con la de Soissons. Al hijo de Chilperico tuvo un año preso en su castillo de Ponthion, cerca de Vitry-le-Brulé, en la Champaña, y como era de índole bondadosa envióle al cabo de este tiempo sano y salvo y bien provisto de todo á su padre, después de haberle hecho jurar no hacer nunca armas contra él. «Este juramento, dice San Gregorio, no fué observado mas adelante, segun la triste moral de la época.»

Poco después, por los años 565 y 566, y no en 567 como algunos quieren, los avares repitieron su ataque por el mismo lado de la Turingia, pero con mas fuerzas que la primera vez. El emperador de Oriente, Justino II, les habia retirado, al subir al trono en 565, la subvencion que sus predecesores habian pagado á estas hordas nómadas, las cuales acosadas por el hambre se echaron en mayor número y con mas desesperacion sobre el Occidente. Sigeberto para apartar el peligro marchó otra vez contra ellos con una escogida hueste; pero los avares, «muy prácticos en artes mágicas, — dice San Gregorio, — los espantaron con toda clase de fantasmas (3) y los derrotaron completamente. El ejército franco huyó abandonando á Sigeberto, rodeado de los hunos (avares), que le habrian conservado cautivo si no hubiese comprado su libertad con buenos regalos, haciendo con el Khan un convenio segun el cual no se harian mas guerra los dos en toda su vida. Así venció Sigeberto con las negociaciones á los que no pudo vencer con su valor en el campo de batalla, y este acto, lejos de ser una deshonra, es mirado con razon como glorioso. El rey huno, llamado Gagan (4) como todos los reyes de este pueblo, hizo tambien grandes presentes al rey Sigeberto.

El temor de nuevos ataques debió de motivar la embajada al emperador Justino II de Constantinopla, en 566 ó 568, con la cual Sigeberto reanudó las relaciones que desde Teudeberto habian quedado probablemente interrumpidas, pero que desde entonces se hicieron mas frecuentes. El objeto de esta embajada no se sabe, pero en el año 575 combatieron en el ejército bizantino en Asia tropas auxiliares francas, que contribuyeron mucho á la victoria sobre los persas en Armenia en aquel año; y la suposicion de una alianza á que da lugar este hecho se hace mas verosímil por haber encomendado Sigeberto su embajada no solo al franco Varniario, sino tambien á Fermin, aquel magistrado superior del municipio de Clermont-Ferrand de que hablamos antes. En efecto, para asuntos de embajadas políticas y misiones administrativas era indispensable emplear galo-romanos ó romanos, porque eran los únicos hombres instruidos y prácticos en negocios, en la escritura y en las fórmulas cancellerescas.

El rey Gontram destituyó al patricio Agrícola (5) y puso en su lugar á Celso, hombre de gran estatura, anchos hombros y brazo robusto, altanero en su trato y lenguaje, práctico en los asuntos de gobierno y muy perito en leyes. Este

(3) Probablemente usaban enseññas fantásticas chinas y pólvora ú otras materias análogas, como las usaron después los mogoles mandados por Gengis-Khan en la batalla de Walsta, en Silesia, en 1241.

(4) Quiere decir Ichakhan ó khan de los khanes (*jan-jan*, rey de reyes, señor de señores).

(5) Probablemente su canceller, jefe supremo de administraci6n, ministro principal.

mostró con el tiempo tan gran codicia, que defraudó y se apropió bienes hasta de la Iglesia. Oyendo un día leer en el templo el versículo 5, 8 del profeta Isaias, que dice: «¡Ay de aquellos que juntan una casa á la otra y un campo al otro hasta que nada cabe entre ambos y ellos poseen toda la tierra!» exclamó segun cuentan: «Este ay se refiere á mí y á mis hijos.» Dejó cuando murió un solo hijo, el cual al morir sin sucesion legó la mayor parte de su hacienda á las iglesias á quienes su padre habia defraudado.

»Este bondadoso rey Gontram, — sigue diciendo San Gregorio, — tomó por concubina á Veneranda, sierva de uno de sus guerreros, de la cual tuvo un hijo llamado Gundobado. Despues se casó con Marcatruda, hija de Magnacaro (1), y envió á su hijo Gundobado á Orleans; pero Marcatruda, cuando tuvo tambien un hijo, buscó medios de matar al de su marido, y lo consiguió enviándole, segun se dice, una bebida envenenada. Muerto que fué Gundobado, murió tambien el hijó de Marcatruda por efecto de la justicia divina, y con esto se atrajo el odio del rey, que la repudió, y ella murió tambien al cabo de poco tiempo. Tomó luego el rey por esposa á Austrigilda con el sobrenombre de Bobila, la cual le dió dos hijos, Clotario, el mayor, y Clodomiro, el menor.»

Al parecer, era costumbre el conservar los mismos nombres en las familias no solo de la casa real sino de las demás de los francos, segun ya hemos visto por otros ejemplos y veremos mas adelante.

Hablando de Chariberto dice San Gregorio:

«El rey Chariberto tomó por esposa á Ingoberga, que le dió una hija llamada Aldeberga (2). Ingoberga tenia entonces dos criadas, hijas de un pobre trabajador lanero: la mayor se llamaba Marcovefa y llevaba hábito, y la menor Merofleda. El rey tenia á ambas gran cariño, y la reina, poseida de celos, hizo un día trabajar al padre de las criadas, á fin de que el rey se avergonzase de ellas. Llamó al rey cuando el hombre estaba trabajando; acudió Chariberto, creyendo que se trataba de alguna novedad, y viendo desde lejos al hombre cómo trabajaba la lana se enfadó y en lugar de avergonzarse de las muchachas, dejó á Ingoberga y se casó con Merofleda. Tomó además otra esposa, Teodequilda, hija de un pastor, de la cual dicen tuvo tambien un hijo, que murió apenas hubo nacido y fué enterrado.»

Este es otro ejemplo característico de las costumbres rudas que hasta los reyes francos conservaban á pesar de estar ya educados en el cristianismo; y como San Gregorio nada dice de que la Iglesia les dirigiera amonestaciones, puede admitirse que el clero se contentó por lo pronto con que los francos se llamaran cristianos, aunque lo fueran solo en el nombre; y por otra parte, aquel clero andaba mas ocupado en intrigas ambiciosas y en envidias que en hacer comprender y observar á los reyes bárbaros la moral cristiana.

Sigamos á nuestro historiador:

«En tiempo de este rey, Leoncio, obispo de Burdeos, estando reunidos en concilio en Saintes los obispos de su provincia (3) (eclesiástica), expulsó al obispo Emerio de su obispado por no haberlo recibido canónicamente, sino por un decreto del rey Clotario, faltándole la aprobacion de su metropolitano, que á la sazón estaba ausente. Expulsado ya Emerio, los de Saintes dirigieron una exposicion al rey en la cual le suplicaban que nombrara para la vacante á Heracleo,

(1) Un jefe de guerra que los autores latinos de entonces llamaban *dux*. Mas adelante hablaremos de sus hijos.

(2) O Berta (Alberta), que se casó con el rey Etelberto de Kent, en Inglaterra, y fué grande auxiliar de San Agustín y compañeros en la conversion de los anglo-sajones al cristianismo.

(3) Este concilio cae en el año 562 ó 564.

á la sazón sacerdote en Burdeos, y la enviaron, firmada por todos, por el mismo sacerdote al rey Chariberto. Heracleo, al llegar á Tours, enteró al santo obispo Eufronio de lo sucedido y le suplicó que añadiera su firma á la exposicion, á lo cual el santo varón se opuso en absoluto. Llegado que hubo á Paris Heracleo presentóse al rey y le dijo: «Salve, rey glorioso, la silla apostólica te envia sus mayores bendiciones (4).» Contestóle el rey: «¿Has ido por ventura á Roma para traerme el saludo y bendicion del Papa?» «No, señor, — le respondió el sacerdote, — tu Leoncio y los obispos de su provincia te envian el saludo y te hacen saber que han destituido á Emerio de su obispado de Saintes porque lo habia obtenido ilegalmente faltando á los cánones; por esto te envian los reunidos en Saintes esta exposicion á fin de que otro ocupe la vacante, que se castigue como merece al transgresor, y que se conserve el poderío de tu reinado hasta los tiempos mas lejanos.»

Quería decir esto que acatando el rey los sagrados cánones como poder superior á la regia voluntad, podia contar con fama eterna y fortuna permanente; pero esta vez esta intimacion acompañada de halagos no produjo el deseado efecto, porque el rey mantuvo el nombramiento hecho por su padre. San Gregorio sigue diciendo:

«Al oír esto el rey crujió los dientes y mandó sacar al sacerdote de su presencia, sentarle sobre un carro cargado de espinos y conducirlo así al destierro, diciéndole: «¿Te figuras tú que de los hijos de Clotario no ha quedado ninguno que mantuviera su voluntad porque á esa gente le ha entrado el capricho de destituir sin nuestro consentimiento á un obispo elegido por él?» Inmediatamente envió á algunos eclesiásticos con orden de restablecer al destituido en su puesto, y con ellos á varios de sus camarlangos, que hicieron pagar á Leoncio mil florines de oro y castigaron á los demás obispos segun sus medios. Así quedó vengado el insulto hecho al rey.»

Lo mas interesante de este caso es que si bien San Gregorio, tan rígido en materia eclesiástica, no alaba directamente al rey, tampoco desapruueba su conducta, ni defiende tampoco á los obispos del concilio de Saintes. El no menos piadoso Venancio Fortunato colma al rey de alabanzas, ensalza sus virtudes y hasta su elocuencia y maestría en la lengua latina, diciéndole: «¡Qué tal sabrás tu idioma propio cuando vences en el nuestro á nosotros, romanos!»

Despues, dice San Gregorio, el rey Chariberto se casó con Marcovefa, hermana de Merofleda, por lo cual el santo obispo German excomulgó á ambos (¡al fin!), porque la Iglesia prohibia el casamiento con la hermana de la esposa anterior, y tambien condenaba el concubinato en vida de la esposa legítima y el repudio de ésta sin motivo legal. Pero como el rey no quiso separarse de Marcovefa, les alcanzó el castigo de Dios: ella murió luego y el rey no mucho despues en Paris, probablemente en el año 567.

CAPITULO V

DESDE LA MUERTE DE CHARIBERTO
Y LA DIVISION DEL IMPERIO EN 567 HASTA LA MUERTE
DE SIGEBERTO EN EL AÑO 575

Los territorios de Chariberto se repartieron entre sus hermanos Chilperico, Sigeberto y Gontram; pero como no se ha conservado el convenio que éstos hicieron, nos hemos de

(4) Entonces llamábanse sillas apostólicas todas las iglesias metropolitanas y tambien otras, como los obispos metropolitanos se titulaban *papas*, aunque el de Roma pretendia ya para sí exclusivamente este nombre y aquel.

guiar retrospectivamente por el de Andelot, hecho en el año 587, conforme veremos mas adelante. Este nuevo reparto no podia menos de dar lugar á una contienda sangrienta entre los reyes francos aunque hubiesen sido menos feroces y codiciosos de lo que eran, porque hasta quedaron divididas en tres partes ciudades del territorio que habia sido de Siagrio, como Paris y Senlis, tocando á cada hermano una parte. Además, recibió Gontram los territorios mas orientales, y Chilperico á Burdeos, Limoges, Cahors, Bearn y Bigorre, y les dió en dote á Galsuinta (1). Sigeberto recibió á Tours, Poitiers y otras ciudades, inclusa la parte de la Provenza que habia pertenecido á Chariberto, y Chilperico obtuvo probablemente el resto que le faltaba para ser dueño de toda la Armórica.

Muerto Chariberto, Teodequilda (2), que habia sido esposa del difunto, envió un mensaje al rey Gontram ofreciéndosele por esposa, y Gontram contestó al mensajero: «Que venga si le place con sus tesoros (joyas); me casaré con ella y la elevaré al primer puesto entre los de mi pueblo, tanto que gozará en mi compañía mayores honores que gozó con mi hermano difunto.» Esta contestacion llenó á la mujer de gozo; reunió todo cuanto podia y se fué á la corte de Gontram, el cual, cuando la vió, dijo para sí: «Mas vale que estos tesoros queden en mi poder que no en el de esta mujer, que fué indigna (por su bajo linaje) de compartir el lecho de mi hermano.» Con esto le quitó la mayor parte de lo que llevaba y con lo que le dejó la obligó á entrar en el convento de Arles. Inútil es decir que semejante mujer no pudo acostumbrarse á ayunos y vigalias, por cuya razon envió en secreto un mensajero á un godo para proponerle que la llevara á España y se casara allí con ella, en cuyo caso se evadiría del convento con sus joyas y le seguiría contenta. El godo aceptó sin titubear; pero cuando ella ya habia reunido sus alhajas y hecho su lio iba á fugarse, fué cogida *in fraganti* por la vigilante abadesa, llamada Lilola, la tercera desde la fundacion del convento, la cual la hizo azotar duramente y encerrar en un calabozo, de donde no salió mas y padeció muchísimo hasta el fin de su vida.

Viendo el rey Sigeberto que sus hermanos, faltos de punonor y de nobles sentimientos, habian tomado mujeres indignas de ellos por su baja extraccion, pensó en proceder de otra manera, y envió en el año 566 una embajada con grandes presentes á España al rey Atanagildo, que reinó desde el año 554 hasta 567, segun dijimos en la primera parte de esta obra, para pedir la mano de su hija Brunequilda, doncella elegante, hermosa, casta, de modales y conversacion agradables y muy discreta, como la canta el ya citado historiador Venancio Fortunato en estos términos:

Pulchra, modesta, decens, sollers, grata atque benigna, ingenio vultu, nobilitate potens.

El padre de la jóven convino en el casamiento y la envió al rey con grandes riquezas. Sigeberto celebró sus bodas con fiestas y regocijos nunca vistos, á los cuales invitó á los grandes de su reino, y la novia, que hasta entonces habia pertenecido á la iglesia arriana, fué convertida al catolicismo por los sermones de los obispos y las reflexiones que le hizo el rey, y creyendo ya en la Santísima Trinidad recibió el crisma y siempre se mostró buena católica.

El rey Chilperico, hermano de Sigeberto, quedó tan entusiasmado de este casamiento régio, que no obstante haber tenido ya muchas mujeres sin que la Iglesia se hubiese acordado de salir en defensa de la moral cristiana, solicitó por

(1) Véase respecto de ésta la primera parte de esta obra.

(2) La hija del pastor que habia tomado por esposa ó manceba en el último período de su vida.

esposa á la hermana de Brunequilda, Galsuinta, probablemente á principios del año 567, porque en el curso del mismo murió el rey visigodo Atanagildo. A éste envió Chilperico su embajador con el encargo especial de asegurar á su futuro suegro que estaba pronto á separarse de sus demás mujeres si se le consideraba digno de tener por esposa una mujer de su categoría, hija de rey. Atanagildo lo creyó y envió á su hija al pretendiente, como la primera, con grandes riquezas. Galsuinta, que era la mayor de las dos hermanas, fué recibida por su novio el rey Chilperico con grandes honores y se celebró el casamiento en Ruan. «Su esposo la amó mucho, — añade San Gregorio, — porque le habia traído muchas riquezas.»

Esta última frase del buen obispo de Tours pinta mejor que nada el grado de sentimentalismo que entonces alcanzan francos y latinos. Dejemos hablar á nuestro historiador:

«Tambien se convirtió á la iglesia ortodoxa y recibió el crisma; pero el amor que el rey profesaba á Fredegunda, ya mucho antes de casarse, originó grandes desgracias entre los esposos. Galsuinta no cesaba de quejarse de la conducta del rey, que la postergaba á Fredegunda, y hasta le suplicó que se quedase con sus joyas y riquezas y la dejase volver libremente á su país. El rey puso en juego toda clase de ardidés y arterías para disuadirla de su empeño; pero al fin, viendo que no lo conseguía, la hizo estrangular por un criado suyo y la pobre fué encontrada muerta en su lecho. Dios entonces hizo un milagro, porque una lámpara suspendida junto al sepulcro cayó rompiéndose la cuerda sin que nadie la tocara, y como si las losas del suelo fuesen de algun material blando se hundió en ellas sin romperse, quedando casi cubierta por la piedra. Cuantas personas lo vieron quedaron de semejante milagro atónitas.»

»El rey lloró pocos días á la difunta y volvió en seguida á unirse con Fredegunda. Esto hizo suponer á sus hermanos que él habia causado la muerte alevosa de la reina, hecho que podria servirles de pretexto para expulsarle de su reino y repartírselo. Sin embargo, el único móvil de toda aquella indignacion debió de ser Brunequilda, la hermana de la difunta. Gracias á la mediacion de Gontram el Bondadoso, se compuso todo por medio de un convenio, por el cual Chilperico, por via de indemnizacion, segun el uso germánico, cedió en propiedad á la hermana de la víctima las cinco ciudades de la difunta.

«Si no hubo esta vez guerra entre los dos hermanos y cuñados, Sigeberto y Chilperico, la hubo entre Sigeberto y Gontram, no sabemos por qué motivo. El rey Sigeberto quiso apoderarse de la ciudad de Arles y puso sobre las armas las fuerzas de Clermont-Ferrand, mandadas por el magistrado supremo de este municipio, Fermin, á cuya hueste se agregó otra que condujo Andovaro. Entraron efectivamente en Arles y pidieron que la poblacion jurase fidelidad al rey Sigeberto. Gontram, por su parte, envió allí su hueste á las órdenes del patricio Celso. Esta hueste tomó á Aviñon y desde allí se dirigió á Arles y la cercó. Entonces dijo el obispo Sabauda, de esta ciudad, á las fuerzas de Sigeberto que la tenían ocupada: «Salid y pelead, porque encerrados dentro de nuestras murallas no podeis proteger ni la ciudad ni á sus habitantes. Si venceis al enemigo con la ayuda de Dios, os guardaremos la fidelidad que os hemos prometido, y si venen los contrarios, encontrareis abiertas las puertas de la ciudad y entrareis antes que el enemigo os alcance.» Los guerreros francos cayeron en la trampa y salieron á luchar con el enemigo; pero cuando derrotados por el ejército de Celso quisieron volver á entrar en la ciudad huyendo del enemigo, encontraron las puertas cerradas. Entonces, viéndose atacados por la espalda por los enemigos con sus venablos y por